

En este número

- Sacerdotes betharramitas, servidores del Pueblo de Dios p. 1
- Carta del Santo Padre del 5 de agosto de 2023 p. 5
- Ser sacerdotes betharramitas, ¿por qué o para qué? p. 7
- El Pastor según el Corazón de Jesús p. 10
- El Sacerdote - Comunicador para el anuncio del Evangelio p. 13
- Religiosos-sacerdotes, tras las huellas de San Miguel Garicoits p. 17
- Pastores para el Pueblo de Dios p. 19
- Ad multos annos p. 21
- El Consejo General comunica p. 26
- † P. John Britto Irudhayam scj p. 27
- La voz de San Miguel p. 28

La palabra del superior general

Sacerdotes betharramitas, servidores del Pueblo de Dios

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-19; cf. Is 61, 1-2)

Queridos betharramitas:

El próximo 20 de diciembre de 2023 celebraremos el bicentenario de la ordenación presbiteral del San Miguel Garicoits, de ahí que, esta NEF de noviembre, estará dedicada especialmente a la vocación sacerdotal.

Recordar a un sacerdote después de 200 años sólo se explica por el testimonio de *una vida santa* como la de nuestro padre fundador. Estamos frente a un testigo, un apóstol del Sagrado Corazón, venerado no sólo por los betharramitas, sino por toda la iglesia local y universal que lo reconocen como padre, pastor y profeta de su tiempo.

Completamente entregado a su vocación y misión, el día siguiente de su ordenación, escribió a sus padres diciendo: "A partir de hoy denme por muerto" ... Suenan duras estas palabras, cuando se juzgan ligeramente, como si no estuvieran motivadas por el amor total a Cristo y a la Iglesia. Su radicalidad de vida nos recordará aquella a la que llamaba el mismo Cristo a los discípulos, cuando los invitaba a *comer su carne y beber su sangre* y que, en algún momento, desató el abandono de algunos... (cf. Jn 6, 66).

Es que **la vocación sacerdotal, cuando es tomada en serio y con madurez, representa una opción definitiva, incondicional, una especie de "locura por Cristo" que no tiene cura.** El Padre misericordioso concederá, más tarde, a quienes se confían a él, muchas alegrías en comunidad y junto a la familia, pero primero habrá que estar dispuestos a dejarlo todo por el Reino de Dios (cf. Lc 9, 62). Se trata del "ciento por uno" que es gratuito, y no es negociable... (Mt 19, 29).

Es el misterio de seguir a Jesús como al "*Único necesario*", a Aquél "*por cuya gracia soy lo que soy*" (I Cor 15, 10) y por Quien se ofrece la propia vida, como una ofrenda perenne, cultural, que Él mismo acepta por medio de la Iglesia que declara: "Es apto" «*El Señor lo ha jurado y no se arrepiente: "Tú eres sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec"*» (Sal 109/110, 4).

Hay mucho que aprender de aquellos betharramitas de ayer y de hoy que, con sus vidas entregadas a pastorear y a servir al Pueblo de Dios – sin reservas, sin retorno y por amor –, han perseverado y reproducido la imagen de Cristo, el Sacerdote eterno, el Servidor del Padre.

Decía San Miguel: "*Con un poco de fe y un poco de espíritu religioso, no faltará nada para que todo esté bien... **Pongamos menos confianza en medios humanos y más fe y espíritu religioso,** como dice Bourdaloue en alguna parte¹... ¿Qué necesitamos de nuestra parte para atraer la bendición de Dios?: Una estima sincera de nuestra vocación y de nuestra misión; hay que tener una efectiva y habitual disposición interior, como auténticos sacerdotes auxiliares, según nuestras reglas y como verdaderos instrumentos del Sagrado Corazón de Jesús, todos deberes de esta hermosa posición. Con*

¹ Bourdaloue: "Espíritu religioso".

este espíritu, llegarán todos los bienes: el gusto por nuestro estado, la fidelidad a todos los deberes de nuestro estado, en fin, paz y satisfacción en nuestro estado” (DS § 338).

Hoy sabemos que los tiempos han cambiado, que el mundo ya no es aquel de la post Revolución Francesa y que el Evangelio se anuncia en medio de las crisis humanas y espirituales de un post-secularismo, en un cambio de época; pero la vocación, su desarrollo y la experiencia de Dios, tiende a ser siempre la misma. Aquella que responde con recta intención al llamado *junto al lago* o *detrás de la mesa* de los impuestos.

Los religiosos betharramitas, como todos los demás, vivimos esta experiencia según nuestras pobres posibilidades, nuestras flaquezas indisimulables, pero también nuestros dones. Porque hemos recibido el sacerdocio para anunciar a Jesucristo, lo hemos “dejado todo” y “salido de nuestra tierra” y nos hemos formado para “compartir con todos la misma felicidad” que nos ha hecho sentir ese llamado de Jesucristo: *“Ven y sígueme”*. Se nos ha conferido una dignidad pero no para obtener privilegios. Nuestra cuna es humilde. *“No soy profeta ni hijo de profetas, sino pastor y cultivador de higos”* (Amos 7, 14). Miremonos a nosotros mismos con sinceridad. Reconozcamos que procedemos de un modesto origen, humano y cristiano y que de nada podemos jactarnos. Así lo hacía San Miguel cuando ante la pobreza de las Hijas de la Cruz decía: *“Yo que me creía un gran personaje...”*.

Los sacerdotes betharramitas no queremos reproducir un modelo centrado solamente en una teología de tipo cultural, sino fundamentalmente pastoral, de servicio a los que lo necesitan, de encarnación allí donde la iglesia nos envía y otros se niegan a ir. La experiencia cristiana nace del anuncio de la fe. Pero, a veces, parece que esta dimensión profética, fundamental, es puesta en las sombras en ciertos ambientes, y tenemos la tentación de ir tras los pasos de un *clericalismo* que conduce más bien a centrarnos en el poder, en privilegios, dignidades y en un cierto paternalismo. Nuestra formación debe conducir a hacer la experiencia contraria, la de un servidor del Pueblo de Dios, que camina alegremente con él. «No descuides el carisma que hay en ti» (1 Tim 4, 14; cf. 2 Tim 1, 6).

Un pensamiento eclesial para completar nuestra reflexión:

"El sacerdote es, ante todo, ministro de la Palabra de Dios; es el ungido y enviado para anunciar a todos el Evangelio del Reino, llamando a cada hombre a la obediencia de la fe y conduciendo a los creyentes a un conocimiento y comunión cada vez más profundos del misterio de Dios, revelado y comunicado a nosotros en Cristo" (PDV 26).

Quisiera terminar pidiéndoles, *hermanos religiosos y laicos*, que ayudemos a nuestros sacerdotes betharramitas, a ser fieles a la Gracia recibida, interpeándolos e invitándolos a hacer memoria agradecida de la vocación que los llevó a ser lo que son: **auxiliares, cooperadores, instrumentos del Corazón de Jesús**. *"Les daré pastores según mi corazón"* (Jer 3, 15). Porque un sacerdote no se construye solo a sí mismo, sino que es siempre el fruto de una comunidad (*ecclesia*) que lo sostiene y configura como Servidor de Cristo.

Adelante siempre, que Dios los bendiga.

P. Gustavo Agín scj

Superior General

PREGUNTAS PARA COMPARTIR EN COMUNIDAD:

- 1. Cuenta brevemente en comunidad el origen de tu vocación: tu llamado, tus recuerdos significativos, tus luchas....*
- 2. ¿Necesita hoy el Pueblo de Dios en camino el servicio de un sacerdote betharramita? ¿Cómo debería ser?*
- 3. ¿Qué sientes cuando un hermano sacerdote deja la familia religiosa y se va a la diócesis o abandona el ministerio? ¿Despierta en ti alguna reflexión...?*

Carta del Santo Padre a los Sacerdotes de la Diócesis de Roma • 5 de agosto de 2023



Queridos hermanos sacerdotes,

[...] Me siento en camino con vosotros y quisiera haceros sentir que estoy cerca de vosotros en las alegrías y en los sufrimientos, en los proyectos y en las fatigas, en las amarguras y en las consolaciones pastorales. Sobre todo, comparto con vosotros el deseo de comunión, afectiva y efectiva, mientras ofrezco mi oración cotidiana para que nuestra madre Iglesia de Roma, llamada a presidir en la caridad, cultive el precioso don de la comunión sobre todo en sí misma, haciéndolo brotar en las diferentes realidades y sensibilidades que la componen. La Iglesia de Roma sea para todos ejemplo de compasión y de esperanza, con sus pastores siempre, realmente siempre, preparados y disponibles para prodigar el perdón de Dios, como canales de misericordia que sacian la sed del hombre de hoy.

Y ahora, queridos hermanos, me pregunto: en este nuestro tiempo ¿qué nos pide el Señor?, ¿dónde nos orienta el Espíritu que nos ha unido y enviado como apóstoles del Evangelio? En la oración me vuelve esto: que Dios nos pide ir a fondo en la lucha contra la mundanidad espiritual. [...]

La mundanidad espiritual es una tentación "gentil" y por eso todavía más insidiosa. Se insinúa de hecho sabiéndose esconder bien detrás de las buenas apariencias, incluso dentro de motivaciones "religiosas". Y, también si la reconocemos y la alejamos de nosotros, antes o después, se

presenta de nuevo disfrazada de cualquier otra forma. [...]

Pero quisiera detenerme en un aspecto de esta mundanidad. Esta, cuando entra en el corazón de los pastores, asume una forma específica, la del clericalismo. Perdonadme si lo reitero, pero como sacerdotes pienso que me entendéis, porque también vosotros compartís lo que creéis de forma sentida, según ese bonito rasgo típicamente romano (¡romanesco!) por el que la sinceridad de los labios proviene del corazón, ¡y sabe a corazón! Y yo, como anciano y desde el corazón, quiero deciros que me preocupa cuando caemos en las formas del clericalismo; cuando, quizá sin darnos cuenta, demostramos a la gente ser superiores, privilegiados, colocados "en alto" y por tanto separados por el resto del Pueblo santo de Dios. Como me escribía una vez un buen sacerdote, "el clericalismo es síntoma de una vida sacerdotal y laical tentada de vivir en el rol y no en el vínculo real con Dios y los hermanos". Denota una enfermedad que nos hace perder la memoria del Bautismo recibido, dejando en el fondo nuestra pertenencia al mismo Pueblo santo y llevándonos a vivir la autoridad en las varias formas del poder, sin darnos cuenta de las duplicidades, sin humildad pero con actitudes desprendidas y altivas.

Para sacudirnos de esta tentación, nos hace bien ponernos a la escucha

de lo que el profeta Ezequiel dice a los pastores: «Vosotros os habéis tomado la leche, os habéis vestido con la lana, habéis sacrificado las ovejas más pingües; no habéis apacentado el rebaño. No habéis fortalecido a las ovejas débiles, no habéis cuidado a la enferma ni curado a la que estaba herida, no habéis tornado a la descarriada ni buscado a la perdida; sino que las habéis dominado con violencia y dureza» (34,3-4). Se habla de "leche" y de "lana", lo que nutre y calienta; el riesgo que la Palabra nos pone delante es por tanto el de nutrirnos a nosotros mismos y a nuestros intereses, revistiéndonos de una vida cómoda y confortable.

[...] La preocupación, entonces, se concentra en el "yo": el propio sustento, las propias necesidades, la alabanza recibida para sí mismo en vez de para la gloria de Dios. Esto sucede en la vida de quien resbala en el clericalismo: pierde el espíritu de la alabanza porque ha perdido el sentido de la gracia, el estupor por la gratuidad con la que Dios lo ama, esa confiada sencillez del corazón que hace tender las manos al Señor, esperando de Él el alimento en tiempo oportuno (cfr Sal 104,27), en la conciencia de que sin Él no podemos hacer nada (cfr Jn 15,5). Solo cuando vivimos en esta gratuidad, podemos vivir el ministerio y las relaciones pastorales en el espíritu del servicio, según las palabras de Jesús: «Gratis lo recibisteis, dadlo gratis» (Mt 10,8).

Necesitamos mirar a Jesús, a la compasión con la que Él ve nuestra humanidad herida, a la gratuidad con la que ha ofrecido su vida por nosotros en la cruz. Este es el antídoto cotidiano a la mundanidad y al clericalismo: mirar a Jesús crucificado, fijar los ojos cada día en Él que se ha vaciado a sí mismo y se

ha humillado por nosotros hasta la muerte (cfr Fil 2,7-8). [...]

El clericalismo, lo sabemos, puede tener que ver con todos, también con los laicos y los trabajadores pastorales: se puede asumir de hecho "un espíritu clerical" en el llevar adelante los ministerios y los carismas, viviendo la propia llamada de forma elitista, cerrándose en el propio grupo y erigiendo muros hacia el exterior, desarrollando vínculos posesivos en relación con los roles en la comunidad, cultivando actitudes vanidosas y arrogantes hacia los demás. Y los síntomas son precisamente la pérdida del espíritu de la alabanza y de la gratuidad alegre, mientras que el diablo se insinúa alimentando el lamento, la negatividad y la insatisfacción crónica por lo que no funciona, la ironía se convierte en cinismo. Pero de esta manera nos absorbe el clima de crítica y rabia que reina alrededor, en vez de ser aquellos que, con sencillez y mansedumbre evangélicas, con gentileza y respeto, ayudan a los hermanos y a las hermanas a salir de las arenas movedizas de la intolerancia.

En todo esto, en nuestras fragilidades y en nuestras deficiencias, así como en la actual crisis de la fe, ¡no nos desanimemos! [...]

Remanguémonos y doblemos las rodillas (¡vosotros que podéis!): recemos al Espíritu los unos por los otros, pidámosle que nos ayude a no caer, en la vida personal como en la acción pastoral, en esa apariencia religiosa llena de tantas cosas pero vacía de Dios, para no ser funcionarios del sagrado, sino apasionados anunciadores del Evangelio, no "clérigos de Estado", sino pastores del pueblo. ■



La vocación sacerdotal



“Ser sacerdotes betharramitas, ¿por qué o para qué?”

| P. Albert Sa-at Prathansantiphong scj

San Juan María Vianney dijo: “Un hombre no es sacerdote para sí mismo, es sacerdote para los demás”. Así vivió San Miguel su sacerdocio. En primer lugar, para ser una persona para los demás, no debemos olvidar que somos religiosos. Los religiosos han aceptado la invitación de Jesús: “El que quiera seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame” (Lc 9,23).

San Miguel Garicoits se hizo sacerdote para cumplir con los deberes de un sacerdote y no para convertirse en un fundador o un santo. Por supuesto, si llegó a ser nuestro fundador y santo, fue por su completa abnegación, su disposición a llevar su cruz todos los días y su disposición a continuar haciendo la voluntad de Dios, cumpliendo con sus deberes. Así fue como “se le veía, austero como un anacoreta, sencillo como un niño, tierno como una madre, humilde como un siervo inútil, de

infatigable actividad, de fuerza y dulzura invencibles, a la vez organizador, maestro, capellán, director de almas, sabio en sus consejos, intrépido en la acción, apoyando sus discursos con su ejemplo; se le vio, incansable y sin descanso hasta su último aliento, fundando, levantando y fortaleciendo la obra sagrada que se ha convertido en nuestro patrimonio.” (Carta circular del P. Etchécopar a las Casas de Francia, 1 de marzo de 1885).

Otra forma de ser discípulo de Jesús según San Miguel Garicoits es tomar a nuestro Señor Jesucristo como «nuestro espejo, nuestro ejemplo, que nunca debemos perder de vista; su vida, sus acciones, su conducta interior y exterior, etc.” Y el Santo insistía: “¡Sí, es él, solo él, quien es mi vida!” (DS § 360)

Del mismo modo, S. Miguel Garicoits nos ha mostrado el programa mismo del Corazón de Jesús: “Los sentimientos de caridad y humildad, de mansedumbre,

de obediencia, de devoción contenidos en este primer acto del Sagrado Corazón de Jesús: '¡Aquí estoy!' " (DS § 282)

Como sacerdotes betharramitas, no nos hicimos sacerdotes para cumplir con los deberes del sacerdote, sino que somos «sacerdotes religiosos betharramitas», lo que significa que también debemos cumplir con los deberes de los religiosos observando los tres votos:

(1) *El voto de castidad.* La venida del reino de Dios trae consigo el don de la castidad consagrada (cf. Mt 19,3-12). «El consejo evangélico de castidad, asumido por el Reino de los Cielos, que es signo del mundo venidero y fuente de mayor fecundidad en un corazón indiviso, comporta la obligación de una perfecta continencia en el celibato. (Can. 599). (Cf. R.d.V. 43)

(2) *El voto de pobreza.* Siguiendo el ejemplo de vida de nuestro fundador, "No tengo nada... Sólo tengo mi breviario, la Biblia y la teología, y nunca he sido más feliz que hoy" (Correspondencia, tomo I, 24 de octubre de 1835). Como dice Santa Teresa de Ávila: "El que posee a Dios no quiere nada, solo Dios basta".

"Imitando su pobreza, [la persona consagrada] reconoce [a Cristo] como el Hijo que recibe todas las cosas del Padre y le devuelve todas las cosas por amor" (VC 16) (Cf. R.d.V. 51)

(3) *Voto de obediencia.* Para nosotros, los betharramitas, "el primer significado de la obediencia es escuchar. Para ello, necesitamos tiempo de silencio y espacio

para buscar a Dios en nuestra vida, para ver todas las cosas como el «sacramento de su voluntad". (Cf. RdV 62)

Por lo tanto, los votos son nuestros actos, y por estos votos somos llamados «religiosos». Actos religiosos: bella expresión de la entrega de sí mismo a Dios y que viene de Dios, "el alma generosa, con la sola invitación a la sola expresión de un deseo de su Dios, se precipita hacia él, derriba todos los obstáculos que la separan de él con los votos de pobreza, castidad y obediencia, se une más perfectamente a él por el amor, multiplicando y estrechando los lazos que ya lo unían a él." (DS § 285)

El propósito de «Aquí estoy» para nosotros, los betharramitas, es vivirlo ante todo en nuestra vida cotidiana. Decir «aquí estoy» siempre debe estar seguido de acciones para cumplir la voluntad de Dios. Este debería ser el estilo de vida de los religiosos betharramitas: "Todo en nuestra conducta deliberada debe responder al Espíritu Santo y a nuestros superiores: ¡Aquí estoy, sin demora, sin reservas, sin retorno, por amor a la voluntad de mi Dios!" (DS § 9)

Por lo tanto, como religiosos y sacerdotes de Betharram, debemos recordar que Jesús nos llama a seguirlo, y nosotros, por nuestra parte, renunciamos a todo para seguirlo. Como nos dice San Marcos: "Designó a doce de ellos para que estuvieran con él y para enviarlos a proclamar la Buena Nueva, con poder para expulsar demonios". (Mc 3,14-15) Nuestra única meta es seguir a Cristo. Y

este seguimiento de Cristo implica dos cosas, cada una de ellas importante e inseparable:

(1) *Estar con Jesús.* San Miguel Garicoits nos recuerda: «Siempre y en todas partes a solas con Jesucristo. La voluntad de

Jesucristo en todo lo que hago conforme a la regla; Jesucristo en mis superiores, sean quienes sean; Jesucristo en mis hermanos, recibiendo todos los servicios que les presto, como si se los prestara a él mismo. (DS § 245)

(2) *Ser enviado a predicar y sanar.* Esto es lo que diría San Miguel: el espíritu de nuestra vocación y misión es el siguiente: “[Es] el espíritu de Nuestro Señor, un espíritu de mansedumbre, humildad y devoción, para atraer suavemente a los pecadores a la penitencia e imitarla” (MS 203). El grito del Verbo Encarnado – “¡Padre, aquí estoy!” – “motiva nuestra vocación y da fuerza a nuestra misión de conducir al Pueblo de Dios hacia el Padre. Felices de vivir así como testigos de Jesucristo, origen de nuestra felicidad, nos esforzamos por llevar la misma felicidad a los demás” (RdV 11). El Papa Benedicto XVI habló una vez sobre lo que la gente espera de sus sacerdotes. En resumen, la gente no espera, dijo, que



los sacerdotes sean expertos en ningún campo que no sea el de la vida espiritual.

Como religiosos y sacerdotes betharamitas, estamos llamados a amar y servir a Dios. Mientras nos esforzamos por convertirnos en “hombres disponibles, capaces, listos para seguir adelante a la primera señal de nuestro superior” (MS 399). Esto es lo que San Miguel Garicoits practicó a lo largo de su vida sacerdotal. Sintamos el orgullo de ser sacerdotes betharramitas y sigamos sinceramente sus pasos en nuestra vida diaria. Y digamos todos juntos de corazón:

Gracias, Padre, por todo lo que te debemos. Fuiste tú quien nos inició en la vida religiosa. Fuiste tú quien nos ha asociado a tu misión desde el cielo... Fuiste nuestra guía, nuestra luz, nuestro modelo perfecto, nuestra fuerza y nuestro consuelo.

(Oración del P. Etchécopar a San Miguel)





El Pastor según el Corazón de Jesús

• la alegría de ser amado y de amar

| P. Alessandro Paniga scj

El 20 de diciembre de 1823, el P. Miguel Garicoits fue ordenado sacerdote en la catedral de Bayona y comenzó su ministerio como buen pastor, sacerdote según el Corazón de Cristo, primero en Cambo y luego en Betharram. San Miguel vivió lo que había escrito: *"Ser lo que se es, serlo sin más: es fundamental. ¡Es todo! Lo demás es pura vanidad. Ser sacerdote: Ser sacerdote de Bètharram. ¡Ser auténticamente ¡Eso es todo para mí!"*¹ Se sentía sacerdote de manera auténtica, sin compromisos, porque comprendía que Dios lo amaba y lo acompañaba en su ministerio sacerdotal. Y el descubrimiento del Corazón de Jesús como el amor que salva a todos lo llevó a decir a los demás con su ministerio la alegría de sentirse amado por el Señor y de poder amarlo a Él y a los demás con todo su ser.

Escribió en su correspondencia: *"Vivan constantemente en la alegría del Señor y háganla resplandecer en toda su conducta, en sus relaciones con Dios, con el prójimo y con ustedes mismos..."*²; *"Lejos de ustedes la melancolía y la tristeza, ensanchen sus*

*corazones, trabajen con ese espíritu que les he recomendado, y Dios estará siempre con ustedes"*³.

Vivir constantemente en la alegría no es fácil. La alegría que a veces falta también en nuestras comunidades es olvidar la alegría de sentirnos amados por el Señor, la alegría de poder hacer el bien, la alegría de estar en la comunidad que el Señor quería para nosotros, la alegría de sentirnos siempre perdonados por el Señor, la alegría de ser sacerdotes y betarramitas. El Papa Francisco nos dice: *"Dios está lleno de alegría" (Lc 15,5): su alegría nace del perdón, de la vida que resucita, del hijo que vuelve a respirar el aire de la casa. La alegría de Jesús, el Buen Pastor, no es una alegría para sí mismo, sino que es una alegría para los demás y con los demás, la verdadera alegría del amor. Esta es también la alegría del sacerdote. Él es transformado por la misericordia que da gratuitamente. En la oración descubre el consuelo de Dios y experimenta que nada es más fuerte que su amor. Por eso está sereno interiormente y se alegra de ser un canal de misericordia, de acercar al hombre al Corazón de Dios. La tristeza para él no es normal,*

1) De Lettere dal Gave de los escritos de San Miguel (citado por P. Mario Soroldoni scj).

2) A Suor Zéphirin-Saint-Blaise, Hija de la Cruz, Igon, 7 de agosto de 1845

3) A una Superiora de las Hijas de la Cruz, 5 de enero de 1854

sino solo temporal; la dureza le es extraña, porque es un pastor según el manso Corazón de Dios»⁴. Para hablarnos del corazón de Dios y de lo precioso que es cada uno de sus hijos para él, Jesús recurrió a la imagen de la oveja que se extravía. Contó una parábola, no para aclarar lo que debe hacer el que se ha desviado del Señor, sino para introducir a



sus oyentes y a nosotros en el corazón de Dios, para hacerles entender lo que siente el Padre que está en los cielos cuando uno de sus hijos se extravía. Lo dijo para resaltar lo que Dios está dispuesto a hacer para traer a un pecador a casa y el gozo que siente cuando puede tenerlo en sus brazos nuevamente. Y luego la fiesta. La descripción de la fiesta no es muy realista, es exagerada. El pastor corre de casa en casa, llama a amigos y vecinos, y organiza una fiesta cuyo relato ocupa más de la mitad de la parábola. Es la imagen de la alegría infinita que siente el corazón de Dios cuando logra recuperar a un hijo. Este debe ser también nuestro gozo cuando logramos traer un alma de vuelta a los brazos de Dios. Dios tiene un corazón de pastor, un corazón capaz solo de amar y hacer el

bien. Es un pastor que se entrega a sí mismo por las ovejas. No reprende, no castiga a los que se han equivocado, no condena a los que han caído en el abismo del pecado. No añade más mal al mal que el hombre ya se ha hecho a sí mismo al apartarse de él. Esta es también nuestra misión como pastores, como sacerdotes. Un testigo nos

dice hablando de San Miguel: "Cuando hablaba de Dios, su corazón se inflamaba, su rostro se iluminaba. Con gestos y palabras infundió en todos los sentimientos que desbordaban de su corazón". Y él mismo dijo: "*¡Qué bueno es el Señor! Que nuestros corazones se llenen completamente de la certeza y de la experiencia gozosa de la bondad del Señor. Que estos sentimientos nos acompañen a todas partes, que se irradien sobre todas nuestras acciones, que marquen el tono, si se me permite decirlo, de todas nuestras conversaciones, y que todos los que se acerquen a nosotros experimenten los mismos sentimientos acerca de la bondad del Señor*"⁵. Saber que hay Alguien que se preocupa por mí, que me contempla con amor desde que "*fui formado en secreto, tejido en el seno de mi madre*" (Sal 139,14-

4) Homilía del 3 de junio de 2016 para el jubileo de los sacerdotes

5) Carta a una laica, 15 de enero de 1833

15), que ahora acompaña con ternura cada uno de mis pasos y me espera, bueno o malo, con sus brazos paternales abiertos, es un pensamiento decisivo para dar sentido y llenar de alegría cada momento de mi vida. Es una misión sublime anunciar al mundo la buena noticia que, desde toda la eternidad, todo hombre está en el corazón de Dios. Esto es lo que significa tener el corazón del Buen Pastor. El hecho de tener en el cielo a un Padre común que nos ama y con el que podemos encontrarnos es una alegría que debe ser comunicada a nuestros hermanos y hermanas «para procurar a los demás la misma alegría a imitación de la Santísima Virgen María», como dijo nuestro Fundador. Podemos ser buenos pastores según el Corazón de Jesús, también en la comunidad, cuando somos capaces de vivir nuestra relación con nuestros hermanos en generosidad y de dar a los demás la alegría que también nosotros tendremos para nosotros mismos. San Miguel dijo: «Si queremos que los demás sean felices con nosotros, comencemos por hacerlos felices». Y añadió: «Tratemos de ser deudores sólo de la caridad hacia los demás». La alegría que sentimos por dentro proviene de la alegría que hemos dado. Un proverbio inglés enseña: «La alegría nace gemela», es decir, la verdadera alegría debe compartirse con alguien. San Juan XXIII en su Decálogo de la vida cotidiana escribió, entre otras cosas: *“Sólo hoy seré feliz con la certeza de haber sido creado para ser feliz no sólo en el otro mundo, sino*

también en este... Sólo hoy no tendré miedos. De una manera especial, no tendré miedo de disfrutar de lo que es bello y de creer en la bondad”.

Vivo en una de nuestras residencias de ancianos, como yo. A menudo, la alegría de vivir no brilla en nuestros rostros y en nuestras palabras. Ciertamente, forma parte de nuestro servicio sacerdotal dar a los demás un poco de alegría, que depende siempre de la certeza de que el Señor está cerca de nosotros para sostenernos siempre, especialmente en los momentos más oscuros y difíciles, y de la conciencia de que todos nos sentimos hermanos y hermanas entre nosotros.

Un misionero en el Amazonas relató: «Un domingo, después de hablar de oración y confiar en Dios en una colonia de leprosos, se me acercó una anciana que era leprosa y ciega. Me dijo: “Padre, rezo todo el día: rezo por el Papa, por los obispos, por los sacerdotes y por todos los hombres. Rezo por la paz y la alegría de todos”. Entonces el misionero le preguntó: “¿Y qué le pides al buen Dios para ti?” Ella dijo: “¡Nada! ¡Soy feliz así, estoy feliz con la felicidad de los demás!”.

Y expresémonos unos a otros, lo que me gusta decir al final de la santa misa: *“Que la alegría del Señor sea nuestra fuerza. Vayamos en paz”*. Hoy, más que nunca, necesitamos la alegría y la fuerza del Señor para vivir en paz. ■



El Sacerdote - Comunicador para el anuncio del Evangelio

| P. Michael Bistis Fernando scj

Este título es el que mejor describe la misión y la pasión de todos los betharamitas al conmemorar el 200 aniversario de la ordenación del santo sacerdote de Dios, San Miguel Garcoits, nuestro Padre Fundador, el 20 de diciembre. ¿Qué imaginaría San Miguel para sus hijos, los religiosos del Sagrado Corazón que hoy participan en el sacerdocio ministerial de Cristo? Una intimidad profundamente arraigada en la Palabra de Dios. De la Palabra de Dios brota nuestra pasión por Dios y por su pueblo y nos permite convertirnos hoy en comunicadores del anuncio profético del Evangelio.

San Miguel, el comunicador del anuncio profético del Evangelio

El deber fundamental de todo sacerdote es ser el comunicador del anuncio profético del Evangelio. Este anuncio debe caracterizarse por la interioridad y la espontaneidad, sin ninguna restricción o fuerza externa. La vida de San Miguel nos muestra que vivió esta convicción desde el día de su ordenación, el 20 de diciembre de 1823, por Mons. d'Astros en la catedral de Bayona. Su anuncio del Evangelio tenía la intención de transmitir el amor interior del Maes-

tro a todos aquellos con quienes se encontraría desde sus primeros años de sacerdocio. Con vigor inquebrantable continuó esta misma proclamación de amor cuando fue nombrado párroco de Cambo. Transformó la parroquia en pocos meses a través de su profunda devoción al Corazón de Cristo y continuó alimentando su intenso amor por la Palabra de Dios hasta el final de su vida.

La Palabra de Dios transforma la vida de los sacerdotes

La vida misma de San Miguel se convirtió en una comunicación apasionada del mensaje de Dios. Quería que sus hijos, los auxiliares del Sagrado Corazón, fueran formados por el Verbo Encarnado. La Palabra de Dios debe ser nuestro alimento y fuente de energía. La vida de oración de San Miguel nos enseña que si un sacerdote quiere vivir su vida con pasión por Dios, debe centrar su vida en la Palabra de Dios. Entonces ella se convierte en la fuente de la vida espiritual del sacerdote, el alimento de su oración, la luz para ver la voluntad de Dios en los acontecimientos de la vida y la fuerza para vivir fielmente su misión. Por lo tanto, el primer requisito para que los betharamitas

puedan proclamar el Evangelio es que sean hombres de Dios, que vivan en estrecha intimidad con la Palabra de Dios a través de la oración.

Ser un “pastor” significa ser un “mensajero profético”

En el lenguaje de las Escrituras, ser un “pastor” implica necesariamente realizar la tarea de enseñar o instruir (Jn 10:4, 16, 27). Él está oficialmente autorizado a desmenuzar la Palabra. Por eso es considerado ministro de la Palabra. El anuncio del Evangelio es su deber sagrado. Tiene la tarea especial de anunciar la Palabra a todos, como afirma el Concilio Vaticano II (cf. Sacrosanctum Concilium 9; Lumen gentium 28; Presbyterorum ordinis 4). Enseñar y predicar la Palabra es una parte integral de la vida del sacerdote. San Pablo advirtió: «¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Corintios 9:16). Y el sacerdote cumple este deber inseparable con la autoridad de la persona de Cristo (in persona Christi) y en nombre de la Iglesia (in nomine ecclesiae).

Sacerdote del Sagrado Corazón - comunicador por el anuncio profético del Evangelio



Para los betharmitas del siglo XXI, San Miguel intercede desde el cielo por sus hijos, para que tengan las siguientes características para ser comunicadores del anuncio profético del Evangelio:

a) Familiaridad personal con la Palabra

El anuncio eficaz de la Palabra de Dios presupone la familiaridad del sacerdote con la Palabra. Esta familiaridad con la Palabra debe ser aumentada por un conocimiento suficiente y una actualización continua de las enseñanzas del magisterio, especialmente sobre la interpretación de la Palabra. Recordemos la advertencia de San Jerónimo: «La ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo». El sacerdote debe creer que el camino de la vida en la Palabra de Dios fortalecerá su formación integral. Con este fin, *Pastores dabo vobis*, (26) recuerda lo siguiente: “El sacerdote debe ser el primero en creer en la Palabra, con la plena conciencia de que las palabras de su ministerio no son «suyas», sino de Aquel que lo ha enviado”. Está llamado a alimentarse cada día de las Sagradas Escrituras y a comunicarlas con sabiduría y generosidad a los fieles que le han sido confiados. Para ello, el sacerdote mismo debe «escu-

char la Palabra» siguiendo el ejemplo de la Santísima Virgen María.

b) Personalización de la Palabra

Adquirir y profundizar el conocimiento de la Palabra requiere dedicación personal y personalización de la Palabra. Para convencer a los demás de lo que anuncia, primero debe estar convencido de lo que predica. Esto exige una seria preparación a través de la oración y la reflexión personal, y la asimilación a través del estudio y la referencia a libros apropiados (cf. Directorio sobre el ministerio y la vida del sacerdote, 94). Tiene que invertir mucho tiempo y esfuerzo para prepararse adecuadamente para desmenuzar la palabra. Estos ejercicios indispensables le permitirán hacer de la Palabra de Dios una palabra profundamente personal. Inspirarse en el Espíritu Santo en la oración personal y en la meditación profunda de la Palabra es un requisito inalienable para la personalización de la Palabra. El sacerdote debe aprender a confiar en la inspiración de Dios más que en la sabiduría humana. Para los betarramitas, el mejor ejemplo sería inspirarse en San Miguel: todos los días se alimentaba del Verbo encarnado que decía «Ecce venio», que era la fuente de su motivación diaria.

c) Interpretación correcta y auténtica de la palabra

Cuando el sacerdote interpreta la Palabra de Dios, debe estar libre de

errores teológicos y profundamente arraigado en las tradiciones ininterrumpidas de la Iglesia. Cualquier intento de modificar la doctrina cristiana para adaptarse a las modas y fluctuaciones de una época equivale a diluir o eludir la verdad de la fe. El sacerdote no debe olvidar su deber de proteger a las ovejas de la embestida de los falsos profetas y falsos maestros, que las llevan a extraviarse. Para no distraer la atención del anuncio, es bueno recordar la exhortación del obispo el día de nuestra ordenación diaconal. Las palabras pronunciadas por el obispo al ordenado diácono son a la vez un consuelo y un desafío: «Cree en lo que lees. Enseña lo que crees. Practica lo que enseñas. La Palabra que creemos, enseñamos y practicamos es la Palabra del Señor, quien nos ha enviado a proclamarla de acuerdo con Su espíritu, y debe ser interpretada en Su luz y Su verdad.

d) Uso de métodos efectivos para comunicar la Palabra

El sacerdote debe ser creativo en su modo de comunicarse. Lo que se necesita es concebir y emplear métodos apropiados para que la Palabra sea explicada de una manera inteligible a personas de toda clase social. Un uso noble y digno de las habilidades modernas de comunicación no solo mejorará la predicación, sino que también tendrá una rica cosecha. A veces, el uso de la retórica intelectual o de la pedagogía

teológica puede no ser una técnica enriquecedora y útil para comunicar la Palabra. Quien escucha aspira no solo a seguir a Jesús, sino a comprender y encontrar a Jesús todos los días. Por lo tanto, el sacerdote debe ser capaz de romper el maná diario de una manera que la gente pueda entender con el uso adecuado de las redes sociales y las herramientas de comunicación que se han convertido en una parte indispensable de la vida diaria de las personas.

e) Coherencia entre la Palabra y la vida personal

San Miguel quiere que la primacía del testimonio de vida haga convincente la predicación de Betharramita. Su profunda fe, unida a un auténtico amor a la Palabra y a su encarnación en su vida personal, debe convertirse en dinamismo interior y fuerza irresistible de anuncio. Qué alentador es ver que San Miguel exhortaba: «Jesucristo, este es nuestro espejo, nuestro ejemplo, que nunca debemos perder de vista». (DS § 360) Nos llama a tener el espíritu de Cristo en todo lo que decimos y hacemos. Por lo tanto, la ausencia de dicotomía entre lo que se predica y lo que practica el sacerdote en su vida personal no solo hará creíble su ministerio, sino sobre todo generará fe y convicción en quienes lo escuchan. San Miguel nos recuerda que para que este anuncio del Evangelio sea comprensible, los sacerdotes no solo deben predicar el Evangelio, sino

también traducir la Palabra en sus vidas, lo que animaría a las personas a acercarse a Dios.

f) La conversión como meta de la predicación

Una lectura atenta de la correspondencia de San Miguel nos dice que cada palabra que comunicamos debe tener una fuerza espiritual y un dinamismo que golpee las conciencias de las personas y llame a la conversión del corazón. Por lo tanto, el mensaje del sacerdote debe incitar a los oyentes a remodelar su visión y reorientar sus vidas para centrarse en los valores del Evangelio. Sólo la predicación estimulante puede profundizar la fe de los oyentes y producir una transformación en ellos. Para facilitar esto, tenemos los ricos escritos espirituales betharramitas. Además, la Iglesia recomienda los escritos de los Padres y Doctores de la Iglesia, el Catecismo de la Iglesia Católica y las Vidas de los Santos como textos de referencia indispensables (cf. *Instrucción sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en la formación de los presbíteros*, 26-27). El Papa Francisco proclama: "La Palabra de Dios es para todos, la Palabra llama a todos a la conversión, y la Palabra nos hace heraldos."

En síntesis, la celebración de los 200 años de la ordenación sacerdotal de san Miguel invita a los betharramitas a llevar a cabo con renovado vigor el ministerio del anuncio pro-

fético del Evangelio, inspirado en la Palabra de Dios siempre viva y fuente inagotable de nuestra espiritualidad. Recordemos con dulzura que no se trata de una transmisión mecánica de la Palabra, sino de una comunica-

ción de la experiencia del Verbo encarnado que dice "sí" al Padre y que debe transformar todos los aspectos de nuestra misión. Siempre adelante. ■



Religiosos-sacerdotes, tras las huellas de San Miguel Garicoits • identificarse con el Corazón de Jesús "anonadado y obediente"

| P. Laurent Bacho scj

En Betharram, en la capilla del santo, mi mirada permanece fija en estos dos hierros forjados: "la mansedumbre del cordero" y "la humildad de las palomas". Me recuerdan la necesidad de estas dos cualidades para ser religioso-sacerdote de Betharram. Nuestro Fundador, que había sufrido la rigidez y la severidad del jansenismo en su acercamiento a la Primera Comunión, se vengó dejándose fascinar por el amor de Dios. Siempre me ha sorprendido esta afirmación sobre la ternura cristiana recogida en la RdV (10): "*¿Cuál debe constituir la característica principal de nuestra vida espiritual? La ternura cristiana*". Para mí es un placer referirme a la RdV (9): "*Revelar a los hombres (y mujeres) de nuestro tiempo la ternura y la misericordia, el rostro amoroso de Dios Padre*". Soy particularmente sensible al asombroso consejo del Fundador: «atraer suavemente a los pecadores a la penitencia y a su humillación». Durante el Año de la Misericordia,

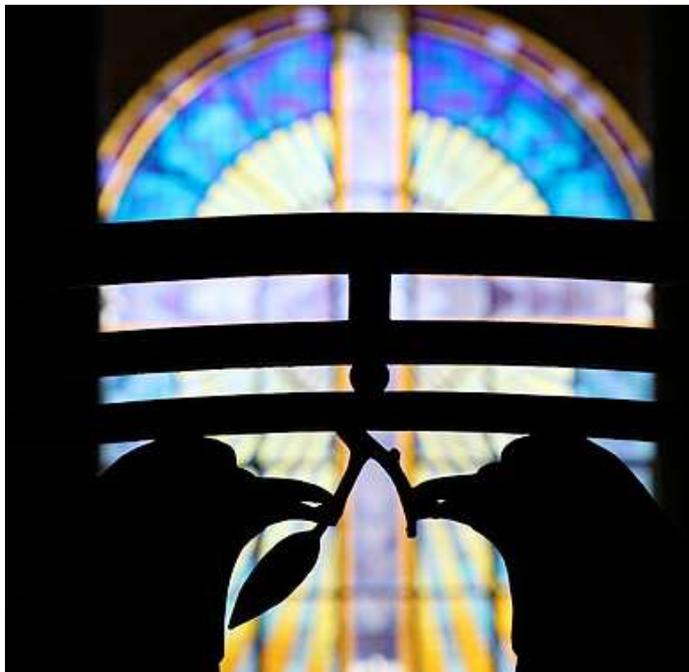
me alegré de haber sido instituido "Misionero de la Misericordia", muy atento a esta recomendación hecha por una monja que me regaló el kit en Roma y de acuerdo con la recomendación repetida por el Papa Francisco a los sacerdotes: "*no ser un controlador de la gracia sino un facilitador*". Necesitaba este unguento curativo para calmar las exigencias que se presentaban a mi alrededor, que necesitaban estar un poco más imbuidas de bondad.

Mansedumbre, pero también humildad, sin la cual la vida en comunidad se convierte en una carga. La comunidad es un lugar privilegiado para encarnar mi ser religioso-sacerdote. La congregación me permitió experimentar la riqueza de la interculturalidad en una situación en que yo mismo era un extranjero, y luego acogiendo a hermanos de otros vicariatos y viviendo con ellos; una interculturalidad que acoge con alegría y da sin presentarse como referente a imitar.

Y hoy, mi alegría es pasar el testigo de la animación de los santuarios de Betharram que amaba, a un hermano joven, convencido de que aportará un plus para enriquecer la transmisión del mensaje de la Virgen y San Miguel.

Como religioso-sacerdote del Corazón de Jesús, también fui ordenado diácono en la capilla de Katiola (como Tobia y Beñat antes que yo), encargado sobre todo de la educación humana de los seminaristas adolescentes. Qué alegría también haber contribuido, junto a mis hermanos, a ofrecer formación humana y profesional a los jóvenes campesinos que sufrían por no ser reconocidos en su dignidad en este centro agrícola de Tshanfeto. Pero también qué alegría haber podido responder a la llamada de la congregación para proponer el carisma betharramita a los jóvenes africanos para que se hicieran miembros de la congregación. Fui llamado a vivir las recomendaciones de San Pablo dadas en la fiesta de San Lorenzo: *"Si siembras poco, cosechas poco; si siembras mucho, mucho cosechas"* (2 Co 9,6-7). Lo que nos dice el padre Garicoits: *"la inmensidad de la caridad dentro de los límites de la propia posición"*. Servir en las tareas más humildes y materiales para acoger a los peregrinos a Santiago de Compostela o a los que quieran aprovechar un tiempo de descanso en la recepción de Betharram. Servir sin la tentación de medir el propio esfuerzo ni buscar el reconocimiento: *"pequeño, sumiso, contento y constante"* haciendo la voluntad de Dios.

"Lo que debe caracterizarnos es el



espíritu de obediencia" Imitar y seguir a Jesús "obediente" es una disponibilidad interior para responder a las necesidades de la congregación expresadas por la congregación, aunque al principio la conciencia de nuestras limitaciones e incompetencias nos haga dudar de nuestra capacidad para cumplir la misión encomendada. Para responder positivamente, tengo la experiencia de que no es necesario dar un consentimiento completo desde el principio. Nuestro Fundador habla de esta «chispa de amor» que es necesaria y crecerá con el tiempo. Y al cabo de unos meses descubro los beneficios de mi obediencia sin que haya sido una adhesión total al principio. La disposición del corazón compensa las diversas incompetencias. Además, es una gracia reconocer la propia incompetencia, es una necesidad para progresar y asegurar el mejor servicio posible. El que manda puede equivocarse. ¡El que obedece no se equivoca! ■



Pastores para el Pueblo de Dios

| P. Sebastián García scj

Desde niño he querido ser sacerdote. La verdad es que habiendo conocido a los sacerdotes de Betharram y haber convivido con ellos en el Colegio San José, en la pastoral misionera, los retiros espirituales, las celebraciones, en fin, en la misma vida, eso me llevó a quererlos mucho y a querer ser como ellos. Después de muchos años -y de no ser ya un niño- puedo confesar esto con total verdad: soy cura de Betharram, también, porque admiraba mucho a los curas con los que convivía.

Ciertamente el hecho de haber entrado a la Congregación y haber empezado a vivir full-time con algunos de ellos, provocó naturalmente un cierto descenso del sentimiento de admiración; sin embargo la ilusión daba lugar al realismo de la opción. Lo que quiero decir es que hay algo que me conmovía de aquellos curas -entre los cuales algunos viven aún-: y es que: trabajaban hasta la muerte. Nunca se jubilaban. No se quejaban mucho. Estaban siempre dispuestos. Y les encantaba ser sacerdotes. Y yo quería ser como ellos.

Desde el 14 de noviembre de 2009 que lo soy y soy un agradecido. ¡Yo soy feliz de ser sacerdote! Es lo mejor que me pudo haber pasado en la vida. Es la manera en la que más y mejor se me ocurre darle respuesta a la invitación

que me hace Dios para ser santo y feliz y, dicho de otra manera, ser plenamente Sebastián.

Fundamentalmente porque siento que soy Pastor. Aún recuerdo al P. Jorge Bergoglio diciéndoles a los curas de Buenos Aires: "*¡sean Pastores del Pueblo de Dios, no gestores (funcionarios)!*" Porque ser Pastor es otra cosa. Se trata de caminar junto con la Iglesia y no de dar órdenes, mandar, usar, dirigir. Yo entiendo el ser sacerdote, siendo a la vez religiosos, como un llamado a ser hermano y padre, alguien que se pone a la escucha y camina "junto a...". Y esto hace que para mí ningún día sea igual a otro. Hace, además, que haya situaciones que me despabilen de manera insospechada, que pueda estar atento, que pueda acompañar, curar, proteger, consolar, animar, dar de comer y de beber, apasionarme con la vida del otro. Ser sacerdote es, también para mí, abrazar la vida propia y la ajena, así como ella es, sin querer cambiarla o adaptarla. Es presidir los sacramentos también. Y además significa encarnarme en la vida diocesana sin el menor temor o miedo de ser menos Religioso de Betharram por eso, o que mi Vida Consagrada se diluya o se pierda. Es ser el "Padre Sebastián" no solamente porque uso el clergyman sino porque la gente puede ver y reco-



nocer en mí algo distinto. La gran pasión de mi vida, también, es ser sacerdote de la Iglesia Católica.

Todo esto lo vivo profundamente en la celebración de la fe y de los sacramentos. De una manera especial en la Eucaristía y el Bautismo. Yo de joven me decía que no hacía falta preparar la homilía, ahora me encuentro rezando con ella y preparándola todas las semanas... ¡Ojo! No por un interés erudito o para medir cuánto me acuerdo de la teología que aprendí en la Facultad, sino porque la gente que viene a misa, participa, reza, espera, suplica y cumple su promesa al Sagrado Corazón se merece que el cura no diga cosas al aire, inconexas, anecdóticas o triviales. Primero que todo, por respeto al laico: nuestros laicos. Encontrarme en la celebración diaria o semanalmente todos los domingos con la comunidad me lleva a seguirle el ritmo, es decir: a notar ausencias, a preguntar por la salud, por la familia, por las situaciones de dolor y... bendecir. Sí. Ahí me siento

más cura y más Sebastián. Terminada la misa hay fila para la bendición personal. Es verdad que ya se dio la bendición al terminar la celebración de la misa. Y uno se los explica... Pero a la gente de Barracas, de Buenos Aires, de Argentina y de América Latina en general, los que viven en las villas, los asentamientos, las barriadas: a todos ellos les gusta la bendición. Y es la manera de encontrarse con el cura también. Y de contarle muy brevemente las cosas. Por eso yo también quiero estar a su altura, recibir a las personas, abrazar la vida y bendecir de parte de Dios.

Y donde también se me va el corazón de pastor es en los bautismos. ¡Son una verdadera fiesta de la vida y de la fe! Yo disfruto y me gozo en los bautismos, todas las semanas, después de la misa de 10hs. Eso me da la oportunidad de no retar a los padres, padrinos, familiares y gente allegada diciéndoles que "hace mucho tiempo que no vienen al templo"; al contrario, es una ocasión única para seguir anunciándoles a Jesús. ¡Claro que sí! ¡En la misma celebración! Porque creo además que una liturgia cuidada y bien celebrada, también evangeliza.

Por eso siempre resuenan en mí las palabras de quien me ordenara, Mons. Oscar Ojea, hoy en San Isidro y Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina. Algunos días antes de la celebración de la ordenación presbiteral, me decía: "*no te olvides que vas a ser ordenado, pero ordenado al Pueblo*" Cuando me lo dijo no lo pude entender. Hoy lo entiendo, pero mejor aún, lo creo

profundamente y lo rezo todos los días. Yo soy, en la medida en que también soy Pueblo y Pueblo de Dios. Y el hecho de ser sacerdote no me aísla del Pueblo sino que me acerca a él, me "hace Pueblo". Soy cura, también, porque quiero cada vez más ser Pueblo de Dios. Creo que también es uno de los frutos de la sinodalidad el que cada uno ocupe su propio lugar en la Iglesia y en el mundo. Sólo vamos a caminar juntos si sabemos quiénes somos y qué lugar ocupa cada uno.

Por último, me animo a pedirles principalmente a ustedes, mis hermanos Religiosos y Laicos de Betharram, que recen por mí. Y rezando, me ayuden a dar gracias todos los días de mi vida por ser sacerdote de Betharram y ser un apasionado de eso; y también pedir perdón, especialmente por todas aquellas veces en que maltraté mi ministerio presbiteral, las veces en que me perdí,

que jugué, que me hice el canchero (es decir cuando fanfarroneé con el ministerio) que no lo valoré, que no supe estar a la altura, que huí, que no le di importancia, que usé, que oculté, que privé y "privaticé" mi ministerio presbiteral. Dios no se deja ganar en generosidad. Él se ocupa. Él sabe. Él ama. A él le pido con estas palabras de nuestro Padre San Miguel, que hice mías en la oración: "*Divino Corazón, quieres ser mi corazón. Esa es tu voluntad. Sí, sí, abran paso a lo que es debido. Viejo corazón, cédele lugar al Corazón de Jesús. Viejo corazón, desaparece para siempre. Demasiado has reinado: Corazón de Jesús, toma su lugar, ya no quiero negarte más nada. Corta, quema. ¡Recibe!. Dame la gracia de amarte: es suficiente. Amén. Amén*". (DE § 11)

Dios los bendiga y la Virgencita de Betharram los proteja. ■



Ad multos annos



**P. Jacky
Moura scj**
(Tierra Santa)

**50 años
de sacerdo-
cio...**

Es una historia de encuentros vividos en una dimensión particular de doble presencia:

- La del Señor Jesús que vino a buscarme (¿por qué a mí?) para vincular mi vida a la suya, para confiarme la tarea de darlo a conocer y amar a

través de los signos de los que me he hecho servidor.

- La de todas las personas que puso en mi camino, en los diferentes lugares donde se me pidió que cumpliera mi misión de pastor: jóvenes de las escuelas (Foucauld en Casablanca, Ozanam en Limoges, Notre-Dame en Betharram), el MEJ, feligreses de Dabakala, Sant-André de Cubzac, Pibrac, *Sagrada Familia* en Pau, y luego los hermanos de la Congregación, y ahora las Hermanas del Carmelo de Nazaret.

Y todos estos encuentros se convirtieron en el lugar donde se construyó el Reino que el Señor de su parte nos confió para edificarlo en su nombre, una piedra viva tras otra.

Y yo he sido el instrumento (muy simple, pero muy feliz) de la trama de un tapiz colorido, destinado a reproducir un cuadro del Reino cuyo destino es conocido sólo por el Señor, el artista divino.

Qué alegría poder releer y dar gracias por cada una de las personas que han contribuido con su nota a la armoniosa partitura del Aleluya Pascual que llena a la Iglesia con la riqueza de su historia.

Y qué feliz estoy de haber podido compartir con los hermanos jóvenes, a quienes el Señor llama a la misma felicidad, lo que creí importante decirles acerca de esta maravillosa misión. Rezo para que todos descubran esta alegría en la humildad de este precioso ministerio. ■

**P. Piero
Trameri scj**
(Vicariato de
Italia)



Estoy
viviendo
el 50° año de
vida sacerdotal.

Tuve el privilegio de celebrar el aniversario durante el Capítulo General en Chiang Mai con delegados de todos los hermanos de nuestra familia religiosa. Luego fui invitado a experimentar otros momentos de celebración y animación misionera por las personas que había conocido en muchos años de ministerio.

Les contaba a todos, como si fuera un abuelo, que de niño me fascinaba con la predicación elocuente de mi párroco, que escuchaba con la boca abierta las historias de la misión de mi tía, religiosa en China, y que sentía arder mi corazón cuando escuchaba las historias de la misión de los Padres del PIME.

Y entonces decidí confiar en Aquel que comenzó a guiar mi vida a través de Su Palabra, los Superiores, los hermanos de la comunidad y las personas que encontraba.

Caminé con Él, a veces con entusiasmo y otras con dificultad y resistencia. Cultivé sueños que me parecían negados puntualmente: me hubiera gustado seguir sintiendo el sabor de la pastoral parroquial al principio y terminé estudiando y en-

señando en un internado, un poco como San Miguel de Cambo en Betharram; nunca me sentí capaz de asumir las responsabilidades de liderazgo y gobierno de mis hermanos y fui llamado a asumir los cargos de Provincial y Vicario.

De este modo, sin embargo, he aprendido a confiar en el Guía, en Aquel que nos pide mucho, que también nos invita a llevar la cruz, pero que luego nos lleva a descubrir las muchas maravillas que ha realizado, con la ayuda de tantos hermanos y hermanas valientes, en las sabanas de África, en las montañas de Tailandia, en el corazón de tantos pobres, sedientos de pan y de ternura. Él te moldea lentamente, sin que te des cuenta, con Su Palabra y la contribución de tus hermanos y hermanas en la comunidad.

Puedo decir, después de tantos años de experiencia, después de haber pasado por medio siglo de cambios inimaginables, que vivir el ministerio sacerdotal en el contexto de la vida consagrada, en comunidad, es ciertamente agotador, pero también es una oportunidad preciosa para educarse a la escucha, al compartir, a la corresponsabilidad. Quisiera decir que es un privilegio, aunque a menudo nosotros mismos lo entendemos mal: el privilegio del compartir diario con quienes viven la misma misión, con personas concretas, frágiles y fuertes, que quieren vivir la fraternidad, que quieren rezar y sonreír juntos incluso más allá de los noventa

años, que descubren cada día cuánto necesitan ser escuchados los hermanos y hermanas de nuestro tiempo, acogidos con simpatía humana y comprensión evangélica, como lo hizo Él, el Maestro que guía nuestra vida con amor. ■



**P. Arialdo
Urbani scj**
(Vicariato de
Centroáfrica)

¡Dar es recibir! ¡Exagerando quisiera decir que he

nacido con una vocación misionera! Ya a los 11 años fuí a la misión con misioneros combonianos. Solo un hecho extraño que siempre me viene a la mente me llevó a conocer a los betharramitas: es la historia de un melón que yo nunca había visto en mis montañas y que, como testarudo montañés, no quise comer. ¿Qué decidí, a pesar de que los combonianos ya me habían aceptado como seminarista? El ir a otra parte. ¿Eran los caminos de Dios!?

A lo largo de los años de formación descubrí que Betharram no era estrictamente misionera. Siempre insistí ante los Superiores y formadores que quería ser misionero y en 1965, después de ser ordenado sacerdote, me fui a Tailandia, 12 años... Luego, a través de peripecias y dificultades y desconfianza de mis superiores llegué a Centroáfrica en 1986.

Después de todo, ¿por qué?! Buscaba un lugar para realizar mi sueño: estar al servicio de los más abandonados y necesitados... y aquí encontré mi lugar como sacerdote y misionero: el anuncio del Evangelio... ; la alegría de ver a las diferentes comunidades de cristianos, a pesar de las incertidumbres e inseguridad, reunirse para celebrar con alegría su fe... ; los enfermos que llegan de todas partes... ; las largas filas de niños que van a las escuelas de las aldeas (el Gobierno está ausente en la educación)...

Me digo a menudo: ¡Jesús tenía predilección por los niños, los que son inocentes!

Aquí, a pesar de las pruebas y las vicisitudes encontradas, ¡me siento realizado!

¡Siente y experimenta que dar es recibir, y cuanto más se dona de nosotros mismos, más se recibe paz y alegría del corazón!

¡Lo creo y quiero hacerlo! ■



**Vincenzo
Elmo¹**
(italiano)

A menudo me he preguntado cuánto influyó el carisma de los Padres

1) Vincenzo Elmo es responsable de los formadores y animadores del oratorio en la parroquia de Lissone (Italia).

Betharramitas en mi vida como joven laico.

Estar cerca de los padres, en los últimos años, me ha permitido ver el «Aquí estoy» de San Miguel aplicado a la vida cotidiana; observar cómo encarnan en su relación con Dios y con nosotros, los laicos, la sencillez de su disponibilidad para servir fue una fuente de inspiración para mí.

La peculiaridad de nuestros padres, de vivir solo por amor al Aquí estoy, nos permite a los jóvenes tener la oportunidad de expresar nuestros talentos sin reservas, encontrando siempre en ellos con puntualidad un faro en la oscuridad de las dificultades.

A menudo me acercaba a ellos en busca de una verdadera confrontación, sobre la vida, sobre mi vida cotidiana y sobre cómo se expresaba en ella mi fe; su capacidad de escuchar con entusiasmo a los jóvenes fue un empujón para mí para continuar mi viaje y una inspiración para acoger a los más pequeños con el mismo entusiasmo.

Transmitir a los más pequeños la alegría que hay dentro de este Aquí estoy, la vocación a la que he ido respondiendo en los últimos años, tener a los padres como guía e inspiración me ha permitido, al crecer, apreciar el esfuerzo y la gratuidad que supone servir al prójimo con amor.

Estoy convencido de que si mi vida no hubiera cruzado el servicio eucarístico de los padres, no podría tener en mi interior esa luz que me

impulsa a seguir adelante siempre, con entusiasmo y sin miedo, con la serenidad de que entregándose a Dios se pueden superar todas las dificultades.

Los jóvenes están hambrientos de verdad pero tienen que lidiar con una sociedad que es un mar tempestuoso, pedimos a los Padres Betharramitas que continúen siendo nuestro faro en medio de este mar.

Su carismática guía nos permite descubrir y experimentar nuestro Aquí estoy. ■

**Mónica
Silvia
Gadea²**
(Paraguay)



A 200 años de tu Ordenación, querido San Miguel, quiero dar gracias a Dios, por tu vida y tu vocación, por tu entrega y tu disponibilidad, por tu perseverancia y tu fe ineludibles; por todos esos dones, que te llevaron a la fundación de la Congregación de Sacerdotes y Hermanos del Sagrado Corazón de Jesús de Betharram; tu amado Camp Volant, el que anhelaste, el que soñaste desde el mismísimo Corazón de Jesús.

Hoy, doscientos años después, tu maravillosa Obra sigue en pie; tus

2) Mónica, laica betharramita, es secretaria y docente en el Colegio San José de Asunción.

Hermanos, tus Herederos, continúan misionando y trabajando; en un mundo lleno de confusiones, perdido, necesitado de amor; muy parecido a ese mundo en el que viviste, y cuyas características, te llevaron a buscar alguna salida, una fórmula para humanizarlo, por medio del amor a Dios; inspirado en el Ecce Venio y el Ecce Ancilla.

Querido San Miguel, te pido que intercedas por cada uno de estos Hermanos tuyos; quienes hoy tienen la Responsabilidad y la Gracia de continuar con tu Obra; que cada decisión que tomen, cada paso que den, cada acción que ejecuten, sea bajo la misma inspiración que tuviste para su fundación; solo así, seguirá cumpliendo la Misión para la cual fue creada.

Que ninguno de ellos pierda de vista el Norte Betharramita, ni desvíe el rumbo que Vos trazaste; porque nosotros, sus compañeros de camino, los laicos quienes amamos Betharram, los necesitamos a todos: Humanos y Santos.

¡Feliz aniversario de Ordenación Presbiteral querido San Miguel Gariçóits! ¡Gracias por tanto Amor! ■

Reunión del Consejo General en los días 2 y 3 de noviembre de 2023

■ El Superior General, con el consentimiento de su Consejo, admitió a la **profesión perpetua** dos hermanos de la Región P. Augusto Etchecopar:

el Hno Thiago Gordiano Sampiao (Vicariato de Brasil),
la profesión será el 7 de diciembre de 2023

y *el Hno Oscar Mendoza (Vicariato del Paraguay),* la
profesión será el 20 de diciembre de 2023



y el Superior General **presenta**
al ministero presbiteral a nuestros dos diáconos de la Región
Santa María de Jesús Crucificado (Vicariato de la India):

Stephen Raghu (la ordenación será el 18 de enero de 2024)
y *Pobitro Minj* (la ordenación será el 28 de enero de 2024)

■ El Superior General, con su Consejo, aprobó los nombramientos siguientes (para un primer mandato, a partir del 2 de noviembre de 2023, Región San Miguel Garicoits) :

- *P. Vincent de-Paul Worou: Superior de la comunidad de Pibrac (Francia-España).*
- *P. Beniamino Gusmeroli: Superior de la comunidad de Bimbo-Bangui (Centrafrique)*
- *P. Tiziano Pozzi: Superior de la comunidad de Niem (Centroáfrica)*
- *P. Mambo Elisée: Superior de la comunidad Yamoussoukro (Costa de Marfil)*
- *P. Armel Daly Vabié: Maestro de los escolásticos en la casa de formación de Adiapodoumé*

■ **A pedido del Capítulo General 2023** (cf. Actas, punto 101/1) el Superior General, con el consentimiento de su Consejo, estableció la Casa Regional y las Casas de Vicariato de la Región San Miguel Garicoits, a propuesta del Superior Regional y de sus respectivos Vicarios:

- Casa de Albiate (Italia): sede de la Región y del Vicariato de Italia;
- Casa Madre de Betharram: sede del Vicariato de Francia-España;
- Casa de Yamoussoukro: sede del Vicariato de Costa de Marfil;
- Casa "Saint-Michel" de Bouar: sede del Vicariato de Centroáfrica.

Padre John Britto IRUDHAYAM scj

Srivalliputhur (Tamil Nadu), 26 de julio de 1975

- Madurai, 28 de octubre de 2023 (INDIA)

Debilitado por problemas de salud, el P. John Britto sucumbió a un ataque al corazón. Durante 20 años, sirvió incansablemente, con una dedicación inquebrantable.

El P. John Britto SCJ ingresó a la Congregación después de completar sus estudios escolares en 2001. Hizo su primera profesión en 2003. Después de sus estudios teológicos en el Seminario de San José en Mangalore, pasó un año en India y Tailandia como parte de la preparación para los votos perpetuos, que pronunció el 31 de octubre de 2009. Más tarde fue ordenado sacerdote el 16 de mayo de 2010.

Primero se desempeñó como vicario parroquial en la Iglesia de Santo Tomás, Arquidiócesis de Bangalore, en 2011-2012. Sus estudios de 2015 a 2017 la llevaron a graduarse en Educación en Chennai.

De vuelta a la parroquia, fue párroco de la iglesia de San Pedro en la archidiócesis de Chennai de 2017 a 2020 y párroco de Nuestra Señora de Lourdes, en Perunkurichi, en la diócesis de Salem (Tamil Nadu). Luego trabajó por un tiempo en nuestra misión de Tiptur.

La devoción del P. Britto no conocía límites. Dejó una marca indeleble al erigir una gruta dedicada a San Antonio, un magnífico carro en honor a Nuestra Señora en Chennai y una gruta dedicada a Nuestra Santísima Madre en Perunkuruchi, Salem.

Con el deseo de dar a conocer a nuestro fundador a quienes lo rodeaban, se dedicó



a traducir al idioma tamil textos sobre la biografía y la espiritualidad de San Miguel Garicoits, dejándonos así un legado de fe y sentido de servicio.

El P. John Britto dedicó su vida al servicio del Señor y de su pueblo. Tocó muchas almas en Chennai, Salem y más allá, difundiendo la luz de la fe. Su ministerio se ha extendido más allá de las fronteras de la India, predicando en Malasia y Singapur.

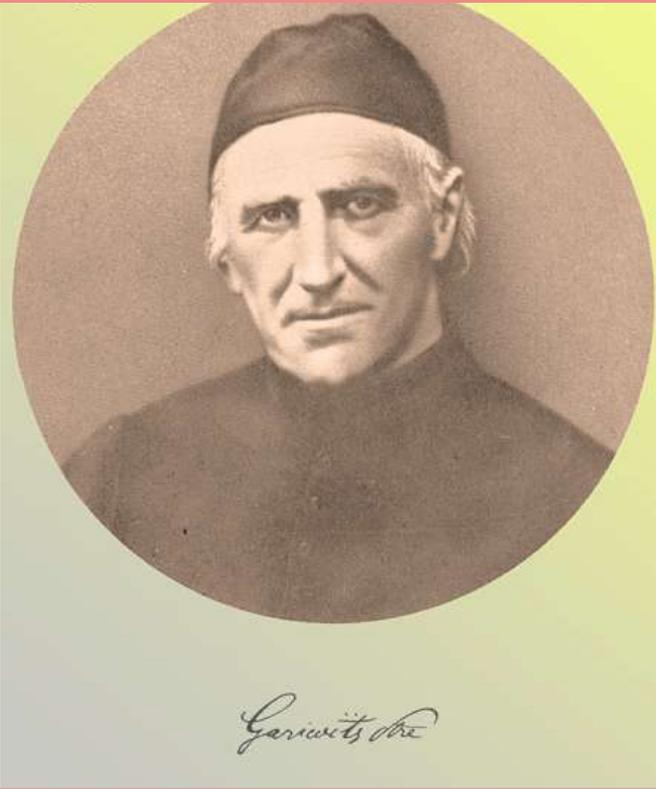
Nuestro hermano fue un ejemplo vivo de fe, amor y compasión. Con sus poderosas homilías, alimentó nuestras mentes ansiosas por conocer la sabiduría que compartía desde el púlpito.

Hoy, recordamos a un hombre que no solo sirvió a nuestra comunidad, sino que también transformó vidas a través de su guía espiritual.

Como Congregación, nos unimos a la familia del Padre John Britto, a quien extendemos nuestras más profundas condolencias y expresamos nuestra inquebrantable solidaridad.

Que el Padre Juan Britto descanse en paz eterna. Todos los que tuvieron el privilegio de conocerlo lo recordarán con cariño.

*De la homilía del P. Vipin Chirammel scj,
Vicario Regional de la India.*



*El Señor Obispo me ha autorizado a proponerle como auxiliar al P. [X]
Pienso que sería útil y encontraría en su colegio **el medio de mantenerse, vivir y morir como santo sacerdote, lo cual no sería poca cosa.***

San Miguel Garicoits
(Correspondancia, 4 de diciembre de 1861)



Societas S^{mi} Cordis Jesu
BETHARRAM

Casa General

via Angelo Brunetti, 27

00186 Roma - Italia

Teléfono +39 06 320 70 96

Email scj.generalate@gmail.com

www.betharram.net